

Cayó por su propia insolvencia

LLUÍS FOIX

LA VANGUARDIA, 10.11.09

El día que se levantó el muro de Berlín, en agosto de 1961, me encontraba en Alemania como muchos jóvenes que corrían la aventura de viajar por Europa en autostop. A las pocas semanas de haber caído, hace ahora veinte años, volví a visitar Berlín y pude llevarme una piedra que arranqué de una pared todavía no derruida del todo y que conservo como elemento decorativo.

Se ha contado todo sobre los frenéticos acontecimientos de aquellos días de noviembre en Berlín y las consecuencias que tuvieron en el mundo entero. Con la caída del Muro se derrumbaba también la Unión Soviética, que desde el momento de su fundación se hizo llamar república de trabajadores y campesinos, pero que acabó privando a sus trabajadores de los derechos que gozaban en el mundo libre.

El comunismo ha tenido una gran fuerza e influencia en la historia reciente, hasta el punto de que la Universidad de Cambridge, una de las más prestigiosas de Europa, suministró al Kremlin los espías más incondicionales y más eficaces, una metáfora del papel central que el comunismo significó en el pensamiento y la intelectualidad de Europa en el siglo pasado.

El comunismo no cayó en Europa central con las revueltas de la República Democrática Alemana en 1953, con las de Hungría en 1956 o con las de Checoslovaquia en 1968. Se derrumbó sin disparar un solo

tiro, desde dentro, con la aprobación implícita del Kremlin gobernado por Gorbachov. Uno de los historiadores marxistas vivos más respetados, Eric Hobsbawm, lo expresó con gran llaneza al decir que "por la naturaleza de su ideología, el comunismo pretendía ser juzgado por su éxito, pero no tenía un plan alternativo en caso de fracasar".

El sistema soviético no se derrumbó por las teorías intelectuales, sino por la fuerza de los hechos. Se llegó a la paradoja, según cuenta el radical y brillante historiador británico A. J. P. Taylor, de que hubiera más comunistas en el Departamento de Estado en Washington que en las fábricas de automóviles Ford, si alguien se hubiera entretenido en buscarlos.

El comunismo como sistema político no concibió otro tribunal que el de la historia y fue la historia la que, irónicamente, se encargó de hacerlo desaparecer, porque no fue aceptado finalmente por las sociedades a las que pretendía hacer más felices sin libertad. Se extinguió como una candela cuando ya no tiene cera.